

# PUMA Y LAPIZ

(30)  
TUS



Sinclair - B

E

# PLUMA Y LÁPIZ

Nº 1

SANTIAGO, 26 DE JULIO DE 1912

NÚM. 2

ADMINISTRADOR  
ARTURO D'ALENÇON

DIRECTOR  
FERNANDO SANTIVAN

DIRECTOR ARTÍSTICO  
CRISTÓBAL FERNANDEZ

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
DANIEL DE LA VEGA

MORANDÉ 432  
OFICINAS: CASILLA 2443

## PRIMEROS PASOS

Antes que nada, debemos expresar nuestros agradecimientos al numeroso público que se ha dignado favorecernos comprando el primer número de "Pluma y Lápiz."

No imaginábamos una acogida tan entusiasta, tan benévolas y elocuentes.

Haciendo nuestros cálculos, veíamos por delante una empresa árdua, llena de tropiezos. Algunos amigos pesimistas nos habían pronosticado el fracaso, ya francamente ó con ambiguas palabras de desaliento.

¡Una revista literaria! ¡No recurrir á los trillados caminos de otras publicaciones, llenando las páginas de informaciones gráficas, desdeñando la colaboración nacional, recordando de revistas europeas!

Todos estos eran obstáculos que nos señalaban y que hacían temer por la suerte de nuestros proyectos.

Sin embargo, hemos comprobado que el público estaba preparado para recibir una publicación como "Pluma y Lápiz." Sin que pensemos en señalar como de-

fectuosas las demás revistas que se publican en Chile, creemos que no respondían del todo al anhelo de sus lectores.

Hacia falta, en buenas cuentas, el espíritu de juventud que debe caracterizar á las empresas artísticas. Menos gravedad, menos estiramiento solemne y ceremonioso.

Nuestra revista no viene á competir, pues, con las que ya se publican en el país; por el contrario, viene á realizar lo que lo que las otras desdeñaban hacer.

Ellas con sus grandes recursos tipográficos, su elegante ostentación de colores y grabados, pueden seguir triunfando; nosotros, con nuestro contingente de escritores que espriman su cerebro en la dorada é insaciable copa del arte, llamaremos á nuestro lado á todos los que deseen escuchar el cálido murmullo de la juventud que siente y que piensa.

La vida es grande, es múltiple. Los gustos son incontables. Hay campo para todos. ¿Por qué negarle su parte á este Pluma y Lápiz, modesto y respetuoso de sus mayores?...

## LAS ÚLTIMAS OBRAS DE SOROLLA



Sorolla.—En la Playa

En la historia de la pintura no conozco un caso de producción tan fecunda como la de este pintor. Rubens y Rafael Santi fueron auxiliados por sus discípulos; en los cuadros de Sorolla, todo es suyo. En aquellos maestros, sobre todo en el de Urbino, los problemas que se le presentaban en cada obra, eran los de composición; en cuanto á la técnica, supo resumir y apropiarse la labor de sus predecesores y contemporáneos, y en materia de agrupaciones, mucho hiz, en este mismo sentido.

Rubens, que fué un gran técnico, no ofrece, en la mayoría de sus cuadros, una tendencia á inquirir nuevos elementos expresivos en su arte; pintor de gran fantasía, que sabía llenar con gran prontitud una tela de grandes dimensiones y auxiliado de sus discípulos, su fecundidad fué relativamente fácil y poco penosa.

El caso de Sorolla es distinto del que nos presenta cada uno de estos dos maestros. El pintor valenciano va constantemente buscando nuevas visiones del natural. El problema de la luz y de la sensación fugaz, supone un estudio constante sumido en plena naturaleza, la necesidad de expresar las nuevas visiones y refinar y hacer más justas las ya adquiridas, le obligan á manejar la técnica con ductilidad pasmosa. Cada cuadro suyo—no importa el asunto y la dimensión—es un estudio; al ser realizado éste por el temperamento del pintor más vigoroso del tiempo presente, cada estudio es un progreso en su camino artístico.

Cuando Sorolla realizó su exposición en la casa Georges Petit (1905) asombró el número considerable de telas reunidas allí. Dos años después, oía yo continuamente, en los salones de las «Graffton Galleries», de Londres, iguales exclamaciones de asombro, ante las cuatrocientas ó quinientas obras expuestas. No concebían los visitantes que aquello no fuese la obra de toda la vida del pintor. Al año siguiente, al leer en la prensa neoyorkina los extensos artículos de crítica consagrados á la exposición de Sorolla en el museo de la «Hispanic Society of America», hallé las mismas exclamaciones de sorpresa. Y tened en cuen-

ta, que Sorolla había ido dejando tras sí en París y en Inglaterra, un número considerable de obras.

Dos años después vuelve á América, y el 15 de febrero acaba de inaugurar una exposición de cuadros suyos, en número de ciento cincuenta y tantos, en «The Art Institute of Chicago», pintados en menos de veinte meses.

Abarcando en conjunto la inmensa producción de Sorolla, se ven dos tendencias diferentes; una que se caracteriza por la insistencia en desenvolver una fase pictórica, tratando de conseguir en cada lienzo una mayor perfección; otra, en la busca de nuevos problemas de expresión pictórica. En esos dos tipos de producción os halláis, á lo mejor, con unas cuantas obras que os causarán verdadera extrañeza por el modo de estar ejecutadas; veis en ellas un trabajo grande; se ha insistido mucho en su labor, un día y otro, borrando y pintando de nuevo, substituyendo el manejo de la brocha grande por un pincel pequeño; la forma, las modificaciones de color, están deletreadas (valga el simil); no sólo analizado todo escrupulosamente, con rigor, sino expresado también así sobre el lienzo, produciendo un contraste grandísimo con sus otros cuadros, de ejecución sintética, rápida y, además fogosa.

Y ahora voy á hablaros de algunos de sus últimos cuadros, no de todos, pues estos ascienden á la respetable suma de más de ciento cincuenta, y ocuparme de todos ellos analizándolos de uno en uno, haría interminable este artículo. Conviene tomar como precedente de las últimas obras de Sorolla, aquellas que pintó durante el verano de 1909 en la playa del Cabafial. En ellas, llega el pintor á dos resultados verdaderamente sorprendentes, uno relativo al cromatismo y otro á la forma. Para el autor de «Sol de la tarde»,



Sorolla.—El baño del caballo



Sorolla.—Marinero

como buen impresionista—ya me atrevo á decir que el mejor de ellos—la luz es siempre color y viceversa; esto es, la luz siempre se desdobra en matices múltiples é incesantemente varios; es el gran elemento vital de sus cuadros y uno de sus mayores encantos.

En las obras de 1909, llega á afinar las sensaciones de luz, de un modo maravilloso, y á «sintetizarlas»;—de todo intento subrayo la palabra, para darla fuerza expresiva.

En el cromatismo sucede lo mismo que en la forma, se procede primero por pobreza de matices y de movimiento de los planos; luego, por sobreabundancia; últimamente por sintetización. En este último período, el cromatismo y la forma adquieren el máximo de sobriedad, pero en esta se halla contenida toda la riqueza de matices y planos de antes; la sensación es más enérgica y más clara. Esto hay en las obras de Sorolla de 1909.

Además, conviene advertir, que uno de los secretos del buen éxito cromático de un cuadro, consiste, no en prodigar manchas variadas de color, y hacer intervenir toda la gama de la paleta en cada trozo del lienzo, sino en establecer un acorde binario ó ternario, repartir «cuantitativamente» esos tonos fundamentales del cuadro de una relación de distancias precisas y bien matizadas de pequeños intervalos.

El avance de ésta en los cuadros últimos de Sorolla, se hace paralelamente á su colorido. La forma se sintetiza también, pero, cada plano, cada línea imaginaria (no real en el cuadro, puesto que no existe en él, como no existe en la naturaleza) toman una intensidad vital grandísima.

Paralelamente á esos refinamientos y sensaciones cromática y de forma que tienen los cuadros de Sorolla de 1909, va la factura de los mismos. Esta se hace más sobria, más precisa y más dúctil. Las pinceladas son largas, unas veces fundiéndose unas con otras, y dando cambiantes de planos y de color en un mismo arrastre del pincel; otras, haciendo el toque pequeño y vibrante, ó dando grandes restregones de color muy licuado, y sobre estas manchas, la pincelada pequeña, con mucha pasta y rápidamente puesta sobre el lienzo.

Y vienen la serie de cuadros posteriores. Desde el verano de 1909 hasta la fecha en que Sorolla partió

para América del Norte (18 de Enero de 1911) sólo pintó dos obras de encargo: un retrato en París (Octubre de 1909) y el cuadro «Colón saliendo del puerto d. Palos», para un multimillonario yanqui. Todas las obras restantes (más de ciento cincuenta) han sido hechas al gusto del autor, sin preocupaciones de ningún género, fuera del campo del arte.

Esa situación libre de Sorolla, le ha permitido desenvolverse ampliamente. Uno de los cuadros más interesantes, es el retrato de la señora del pintor, hecho en unas veinte sesiones; el acorde es extraño y difícil; un traje negro de seda y un fondo y sillón rojo caímesí de damasco antiguo; luz alta y fina, poco intensa. Esta obra es de una construcción apretada, dicho todo precisándolo bien, deteniéndose en lo que podríamos llamar cada frase de forma.

Contrasta este retrato con otro hecho en los mismos días; es también de la señora de Sorolla. Se basa en una armonía sencillísima y clara. La retratada viste traje de seda de un blanco agrisado, y se halla sentada sobre un sofá forrado de seda amarilla, apoyándose en un almohadón de seda amarilla también. Todo el cuadro tiene una luz fina é igual, sin contrastes de claroscuro, hallándose, sin embargo, fuertemente expresada la corporeidad de la figura y de los efectos del cuadro.

El retrato de María Sorolla recuerda las mayores delicadezas de los mejores de Goya. Una cabeza juvenil, de finos tonos sonrosados, alumbrada á plena luz; un escote que alarga esa mancha luminosa; una mantilla negra de encaje que recuadra la cabeza y el pecho en fuerte contraste; una falda de seda gris ambarino muy claro, sobre la cual resbala la luz perdiendo intensidad; tal es el acorde sencillo y prodigiosamente ejecutado en ese retrato; imaginaos una inmensa perla, medio recuadrada por encajes negros, en una habitación alumbrada por las luces mares del crepúsculo.

Y voy fin á estas notas, hablandoos de como Sorolla llegó en los cuadros del verano último á dar la expresión plena de carácter étnico y moral de sus personajes.

Cuando contempláis sus marineros de la costa levantina, no podéis confundirlos con otros; sus «Leoneses», tienen la característica propia del país, siendo inconfundibles con los labradores de otras regiones. Contemplad, ahora, sus vascongados y no podréis confundirles con otros hombres.

Sorolla no se ha preocupado de afirmar en sus cuadros esos caracteres étnicos, geográficos ó profesionales. El tipo castellano lo véis fuertemente marcado en el cuadro «Los leoneses», sin echar mano de capas largas y pardas, improvisadores ó copleros, jueces de pueblo, enanos y toda esa serie de tipos pintorescos para la exportación extranjera. Cuando se es artista sincero, basta colocarse delante del natural, abrir mucho los ojos de la cara y del alma y dejar correr el pincel. No sabemos que la Naturaleza haya hecho caricaturas trampas, para dar seres reales llenos de carácter.

RAFAEL DOMENECH.



Sorolla.—La hija del pintor